

El sueño de la Nena

Soñé que te veía por el retrovisor del auto que siempre va en dirección a mi agonía. Soñé que me abrazabas como aquella noche fría. ¿Te acuerdas?, cuando el listón rosa hecho moño me fue arrebatado por el viento que también amenazaba con alejarte de mi lado.

Me aferré a tu pecho, escuchaba tu respiración entre cortada por el frío. Aún recuerdo que me preguntabas porqué temblaba. Y aunque no tenías nada que ofrecer para cubrirme de aquella galerna, tus brazos me bastaron para sentir calor.

También soñé que recostados sobre nuestra arena, entre los dos escogíamos las canciones que el mar nos obsequiaba de noche y nos dejaba tararear de día. En esa arena, Señor mío, te miré desgraciadamente enamorado de mí. ¡Pobre hombre, pobre de mí!

Despierto mi cielo y te veo ahí, vívidamente, estrechamente perfecto, complejamente real, famélico por tenernos, ausente de ellos, ausente de mí.

Soñé que juntos, en aquel promontorio terreno, aislados de cualquier contacto humano permanecemos inertes en las épocas, ausentes de todo lo que nos alejaba. Gozosos ambos de mirar a lo lejos y ver nada, satisfechos de voltear al lado y sabernos juntos en el tiempo.

Medimos el sol con las piedras, rasposas lisas o serenas; tocamos la luna con los dedos, con la punta de la lengua y con fogatas mal hechas. Así, también caminamos en las nubes, en el cielo y en el mar. Nadamos en la arena y en el sol, sumergidos en intrincadas lociones inhibitoras de toda clase de fe. Pues la fe era eso que tú tenías en mí y lo que yo te confiaba.

Quizás después, mientras dure la existencia de ambos, continué soñando con el dios de las puertas, de mis puertas. Por lo que mientras tendré que regresar al mundo infinito de la vanidad, la vagancia, la excentricidad y mi somnolienta vida pues yo sigo pensando que la luna es un queso y que tú no eres un monstruo, sino mi dulce favorito en todo el mundo.

Samantha Cervantes. México.
e-mail: sampaul.cervantes@gmail.com